

LIBRO III

CAPÍTULO XXX

De cómo el teólogo Hipotadeo aconseja a Panurgo sobre el matrimonio

El domingo subsiguiente, en cuanto la comida estuvo dispuesta, comparecieron los invitados, excepción hecha de Bridoie, lugarteniente de Fonsbeton. En el momento de servir el segundo plato, Panurgo, con profundo respeto, dijo:

—Señores, sólo se trata de una simple pregunta. ¿Debo casarme o no? Si vos no disipáis mis dudas, las tendré por insolubles como lo son los *Insolubilia* de Pierre d'Ailly. Porque todos habéis sido elegidos, escogidos y seleccionados, cada cual con respecto a su estado, como hermosos guisantes sobre la tabla de tría.

El padre Hipotadeo, por invitación de Pantagruel y con el respeto de todos los asistentes, respondió con increíble modestia:

—Amigo mío, nos pedís consejo, pero primero es preciso que os aconsejéis vos mismo. ¿Sentís en vuestro cuerpo los importunos agujijones de la carne?

—Con mucha fuerza. Espero que no os ofenda, padre —respondió Panurgo.

—No lo hace, amigo mío —dijo Hipotadeo—. Pero en ese trance, ¿recibís de Dios el don y la gracia especial de la continencia?

—A fe mía, no —respondió Panurgo.

Entonces casaos, amigo mío —dijo Hipotadeo—, pues es mucho mejor casarse que arder en el fuego de la concupiscencia.

—Eso es hablar con galanura —exclamó Panurgo—, sin circumbilivaginar en torno al bote. ¡Muchas gracias, señor padrenuestro! Me casaré sin falta, y muy

pronto. Os convido a mis bodas. ¡Cuerpo de gallina! ¡Comeremos opíparamente! ¡Tendréis prendas de recuerdo, y comeremos ganso, pardiez, que mi mujer no asará! Y os rogaré que conduzcáis el primer baile de las doncellas, si os place, en correspondencia, hacerme tanto bien y tanto honor. Queda un pequeño escrúpulo que vencer. Pequeño, digo, menos que nada. ¿Seré cornudo?

—No, sin duda, si Dios quiere, amigo mío —respondió Hipotadeo.

—¡Oh! ¡Que la virtud divina venga en nuestra ayuda! ¿A qué me reducís, buena gente? A los condicionales, que en dialéctica reciben todas las contradicciones e imposibilidades. Si mi mulo transalpino volase, mi mulo transalpino tendría alas. Si Dios quiere, no seré cornudo; seré cornudo, si Dios quiere. Si fuese una condición que yo pudiese esquivar, no me desesperaría en absoluto. ¡Pero me sometéis al consejo privado de Dios, a la cámara de sus pequeños placeres! ¿Dónde tomáis el camino para ir allí, vosotros, franceses? Señor, padre nuestro, creo que será mejor que no vengáis a mis bodas. El ruido y la agitación de la gente de la boda os romperían la testamenta. Vos amáis el reposo, el silencio y la soledad. No vendréis, me parece. Y además, bailáis bastante mal, y os avergonzaríais al conducir el primer baile. Os mandaré chicharrones a vuestra habitación, y cintas de recuerdo, también. Beberéis a nuestra salud, si así os place.

—Amigo mío —dijo Hipotadeo—, os ruego que toméis lo que digo por el buen lado. Cuando digo “si Dios quiere”, ¿os hago algún daño? ¿Está mal dicho? ¿Es una condición blasfema o escandalosa? ¿No es honrar



Panurgo

al Señor, creador, protector, salvador? ¿No es declarar que todos dependemos de su benignidad, que nada es sin Él, que nada vale, que nada es posible si no nos infunde su santa gracia? ¿No es poner una excepción canónica a todas nuestras empresas, y someter todo lo que proponemos a lo que disponga su santa voluntad, tanto en el cielo como en la tierra? ¿No es, en verdad, santificar su santo nombre? Amigo mío, no seréis cornudo, si Dios quiere. Para saber cuál es su deseo, no hay que desesperarse, como si de una cosa abstracta se tratase, para comprender la cual sería necesario consultar a su consejo privado y viajar a la cámara de sus muy santos placeres. El buen Dios nos ha hecho la gracia de revelárnoslos, anunciárnoslos, declarárnoslos y describírnoslos abiertamente en las Sagradas Escrituras.

En ellas leeréis que nunca seréis cornudo, es decir, que vuestra mujer nunca será casquivana, si la tomáis de entre las gentes de bien, educada en virtud y honestidad, no habiendo conocido ni frecuentado otra compañía que las de buenas costumbres; que ame y tema a Dios, que se complazca en agradar a Dios por la fe y la observancia de sus santos mandamientos; que tema ofenderlo y perder su gracia por falta de fe y transgresión de su divina ley, la cual condena rigurosamente el adulterio y ordena adherirse únicamente al marido, quererlo, servirlo y amarlo totalmente, después de Dios. Para reforzar esa disciplina, vos, de vuestro lado, la rodearéis de afecto conyugal, observaréis buena conducta, le daréis buen ejemplo, viviréis públicamente, castamente, virtuosamente en vuestra pareja, como queréis que ella viva de su lado. Pues, así como se considera bueno y perfecto, no el espejo más adornado con dorados y pedrería, sino el que verdaderamente representa las formas de los objetos, así la mujer más estimable no es la rica, hermosa, elegante, de noble raza, sino aquella que más se esfuerza en conformarse a Dios en buena gracia, y en conformarse a las costumbres de su marido. Observad cómo

la Luna no toma la luz ni de Mercurio, ni de Júpiter, ni de Marte, ni de otro planeta o estrella del cielo. Solo la recibe del Sol, su marido, y de él no recibe más de lo que él le da desde sus diferentes posiciones. Así es como seréis un modelo para vuestra mujer y un ejemplo de virtud y de honor. El imploraréis de continuo la gracia de Dios para vuestra protección.

—Así pues, queréis que me case con la mujer fuerte que describe Salomón —dijo Panurgo acariciándose el mostacho—. Está muerta, sin lugar a dudas. Nunca la he visto, que yo sepa, Dios me perdone. Muchas gracias de todas formas, padre. Comed esta rodaja de mazapán. Os ayudará a hacer la digestión. Luego beberéis una copa de hipocrás clarete. Es salubre y estomacal. Prosigamos.

CAPÍTULO XXXI

De cómo Rondibilis, médico, aconseja a Panurgo

Panurgo, continuando con sus argumentos, dijo:

—Lo primero que dijo quien se hallaba castrando a los monjes de hábito pardo, en Saussignac, una vez que hubo castrado a fray Caldaoreja fue: “El siguiente”. Yo digo lo mismo: “El siguiente”. Así, señor Rondibilis, maestro, respondedme: ¿debo casarme o no?

—Por la ambladura de mi mula —respondió Rondibilis—, no sé qué he de responder a ese dilema. Decís que sentís en vos los punzantes agujones de la sensualidad. Encuentro en nuestra Facultad de Medicina (y lo hemos tomado de la resolución de los antiguos platónicos) que la concupiscencia carnal se frena por cinco medios. Por el vino...

—Lo creo —dijo el hermano Juan—. Cuando estoy muy borracho, lo único que deseo es dormir.



El hermano Juan
y Panurgo

—Quiero decir por ingestión immoderada de vino —dijo Rondibilis—. Pues por el abuso del vino se produce en el cuerpo humano enfriamiento de la sangre, distensión de los nervios, disipación de la simiente generativa, abotargamiento de los sentidos y perversión de los movimientos, cosas todas ellas impertinentes para el acto de la generación. De hecho, veis a Baco, dios de los borrachos, sin barba y con ropa de mujer, como todo afeminado, como eunuco y emasculado. Otra cosa es el vino ingerido con moderación. Nos lo muestra el antiguo proverbio en el que se dice que Venus se enfría sin la compañía de Ceres y Baco. Y era opinión de los antiguos, según cuenta Diodoro de Sicilia, sobre todo de los lampsacianos, como atesta Pausanias, que maese Priapo era hijo de Baco y Venus.

En segundo lugar, por ciertas drogas y plantas, que dejan al hombre enfriado, hechizado e impotente para la generación. Está experimentado con *nymphae heraclia*, amerina, sauce, cañamón, madreselva, tamarisco, agnocasto, mandrágora, cicuta, el menor de los tubérculos de la orquídea, piel de hipopótamo y otras substancias, las cuales, en el interior del cuerpo humano, tanto por sus virtudes elementales como por sus propiedades específicas, hielan y mortifican el germen prolífico, o disipan los espíritus que debían conducirlo a los lugares a los que la naturaleza lo destina, u opilan las vías y conductos por los que podía expulsarse. Y eso de la misma manera que, por el contrario, las

tenemos que calientan, excitan y habilitan al hombre para el acto venéreo.

—No las necesito, a Dios gracias, maestro —dijo Panurgo—. Espero que no os moleste, en cualquier caso. No lo digo porque os quiera mal.

—En tercer lugar —dijo Rondibilis—, por trabajo constante. Pues en él se produce tan gran disolución del cuerpo que la sangre, que es distribuida por todo él para alimentar cada miembro, no tiene tiempo ni ocasión ni facultad para proporcionar la resudación seminal y sobrexcedente de la tercera digestión. La naturaleza se la reserva particularmente, como mucho más necesaria para la conservación de su individuo que para la multiplicación de la especie y género humano. Así es como Diana es llamada casta, pues continuamente trabaja en la caza. Así, en otros tiempos, se llamaban los *castros*, como castos, pues en ellos los atletas y soldados siempre estaban trabajando. Así escribe Hipócrates (*lib. De aëre, aqua et locis*) a propósito de algunos pueblos de Escitia, que en su tiempo eran más impotentes que los eunucos para el ejercicio venéreo, pues estaban continuamente a caballo o trabajando. Por la misma razón, los filósofos dicen que la ociosidad es la madre de la lujuria. Cuando se preguntó a Ovidio el motivo de que Egisto cometiese adulterio, no respondió otra cosa que porque estaba ocioso; y que si se expulsase la ociosidad del mundo, pronto perecerían las artes de Cupido: su arco, su carcaj y sus flechas le resultarían una carga inútil, pues nunca herirían a nadie. Porque no es tan buen arquero que pueda herir las grullas volando por el aire ni los ciervos corriendo entre la maleza, como hacían los partos, es decir, los humanos que se afanan y trabajan. Los busca tranquilos, sentados, acostados y en reposo. De hecho, preguntado en una ocasión Teofrasto sobre qué animal, qué cosa le parecía que fuesen los amoríos, respondió que eran pasiones de espíritus ociosos. De manera parecida, Diógenes decía que el libertinaje era la ocupación de la gente

que no tenía otra ocupación. Por eso, Canaco de Sición, escultor, queriendo dar a entender que la ociosidad, la pereza, la apatía eran las ayas del desenfreno, hizo la estatua de Venus sentada, no de pie, como habían hecho todos sus predecesores.

En cuarto lugar, por estudio ferviente. Pues en él se produce una increíble disolución de los espíritus, de tal manera que no queda con qué propulsar a sus lugares de destino esa resudación generativa ni con qué inflar el nervio cavernoso, cuyo oficio es proyectarla al exterior para propagación de la humana naturaleza. Para comprobar que es así, observad la actitud de un hombre ocupado en algún estudio. Veréis en él todas las arterias del cerebro tensas como las cuerdas de una ballesta, para procurarle con facilidad espíritus suficientes para llenar los ventrículos del sentido común, de la imaginación y la comprensión, del razonamiento y la resolución, de la memoria y la retención, y correr ágilmente del uno al otro por los conductos manifiestos en anatomía hacia los extremos de la red admirable, en donde terminan las arterias que parten del almacén izquierdo del corazón, y donde los espíritus vitales desembocan, tras dar largos rodeos, para convertirse en animales. De modo que, en tal personaje estudioso, veréis suspendidas todas las facultades naturales, cesados todos los sentidos exteriores, en una palabra, lo juzgaréis como no viviendo en sí mismo, como alguien fuera de él, abstraído en éxtasis, y diréis que Sócrates no abusaba del término cuando decía que la filosofía no era otra cosa que meditación sobre la muerte. Por ventura ése sea el motivo por el que Demócrito se arrancó los ojos, por lamentar menos la pérdida de la vista que la disminución de sus contemplaciones, que él sentía como interrumpidas por la distracción de sus ojos.

Así se llama virgen a Palas, diosa de la sabiduría, protectora de la gente estudiosa. Así son vírgenes las Musas. Así permanecen las Gracias en eterna castidad. Y recuerdo haber leído que Cupido, interro-

gado en alguna ocasión por su madre Venus acerca de por qué no asediaba a las Musas, respondió que las encontraba tan bellas, tan puras, tan honestas, tan púdicas y permanentemente ocupadas, la una en contemplar los astros, la otra en el cálculo numérico, la otra en la medida de los cuerpos geométricos, la otra en la invención de la retórica, la otra en la composición poética, la otra en la composición musical, que, al acercarse a ellas, destensaba el arco, cerraba el carcaj y apagaba la antorcha por vergüenza y temor de molestarlas. Luego, se quitaba la venda de los ojos, para verlas con mayor tranquilidad cara a cara y para oír sus agradables cánticos y odas poéticas. Allí gozaba el mayor placer del mundo, de tal manera que, con frecuencia, se sentía extasiado ante su belleza y buenas gracias, y se dormía con aquella armonía. Nada más lejos de él que quererlas asediar o distraerlas de sus estudios.

En este capítulo, comprendo lo que escribe Hipócrates en el susodicho libro, hablando de los escitas, y en el libro titulado *De geniture*, donde dice que todos los humanos son impotentes para la generación, una vez que se les han cortado las arterias parótidas, que se encuentran junto a las orejas, por la razón arriba expuesta, cuando os hablaba de la resolución de los espíritus y de la sangre espiritual, de la cual las arterias son receptáculos; y comprendo también que mantenga que gran parte de la generación mana del cerebro y de la espina dorsal.

En quinto lugar, por el acto venéreo.

—Ahí os esperaba —dijo Panurgo— y con ése me quedo. Los otros para el que quiera usarlos.

—Eso es lo que fray Scyllino, prior de Saint-Victor-les-Marseille, llama maceración de la carne —dijo el hermano Juan—. Soy de la opinión, como lo era el ermitaño de Sainete Radegonde, cerca de Chinon, de que los eremitas de la Tebaida no podrían domar esa lasciva sensualidad, reprimir la rebelión de la carne, macerarse el cuerpo con mayor

eficacia que haciéndolo veinticinco o treinta veces al día.

—Veo a Panurgo —dijo Rondibilis— bien proporcionado en sus miembros, bien templado en sus humores, bien complexionado en sus espíritus, en edad competente, en tiempo oportuno, en equitativo deseo de casarse: si encuentra mujer de parecida temperatura, engendrarán juntos hijos dignos de alguna monarquía de ultramar. Cuanto antes esté casado mejor, si quiere ver a sus hijos entronizados.

—Señor maestro nuestro —dijo Panurgo—, lo estaré, no lo dudéis, y muy pronto. Durante vuestro docto discurso, esta pulga que tengo en la oreja me ha hecho más cosquillas que nunca. Os conservo como invitado a la fiesta. Haremos cuchipanda y media, os lo prometo. Traeréis a vuestra esposa, por favor, con sus vecinas, bien entendido. ¡Y adelante con los faroles!

CAPÍTULO XXXII

De cómo Rondibilis declara que la cornamenta es, por naturaleza, uno de los atributos del matrimonio

—Queda —dijo Panurgo— un pequeño punto por discutir. Habéis visto, en otros tiempos, en el lábaro de Roma: S.P.Q.R. *Si puedes quédate romo: ¿seré cornudo?*

—¡Dios nos guarde! —exclamó Rondibilis—. ¿Qué me preguntáis? ¿Si seréis cornudo? Amigo mío, yo soy casado, vos lo seréis en breve. Pero grabad esta sentencia en vuestro cerebro con estilete de hierro: que todo hombre casado corre peligro de ser cornudo. Que la cornamenta es, por naturaleza, uno de los atributos del matrimonio. La sombra no sigue al cuerpo de manera más natural de lo que lo hace la cornamenta a la gente casada. Y si, cuando oigáis decir de al-

guien estas dos palabras: “Está casado”, decís “Luego es, ha sido, será o puede ser cornudo”, no os tacharán de torpe arquitecto de consecuencias naturales.

—¡Por los hipocondrios de todos los diablos! —exclamó Panurgo—. ¿Qué me decís?

—Amigo mío —respondió Rondibilis—, un día en que Hipócrates iba de Lango a Polistilo a visitar a Demócrito, el filósofo, escribió una carta a Dionisio, su viejo amigo, en la que le rogaba que, durante su ausencia, llevase a su mujer a casa de su padre y su madre, los cuales eran gente honesta y de buena reputación, porque no quería que quedase sola en su casa, y que, a pesar de todo, la vigilase cuidadosamente y espíase adónde iba con su madre, y qué gente la visitaba en casa de sus padres. “No es que desconfíe de su virtud y recato—escribía—, que en el pasado he conocido y comprobado, sino que es mujer. Eso es todo”.

Amigo, la Luna nos representa la naturaleza de las mujeres en ésta como en otras cosas: a la vista y presencia de sus maridos, se esconden, se constriñen y disimulan. Cuando éstos están ausentes, aprovechan, se toman su tiempo de ocio, vagan, trotan, dejan de lado su hipocresía y se muestran tal cual son, como la Luna, en conjunción con el Sol, no se ve ni en el cielo ni en la tierra. Pero en oposición al Sol, cuando está en el punto más alejado del Sol, reluce en su plenitud y aparece entera, especialmente durante la noche. Así son todas las mujeres: mujeres.

Cuando digo mujer, digo un sexo tan frágil, tan variable, tan inconstante e imperfecto que me parece que, cuando la naturaleza hizo a la mujer (dicho sea con todo honor y respeto), se desvió de aquel sentido común con el que había creado y formado todas las cosas. Y tras haber cavilado sobre ello ciento cinco veces, no sé a qué atenerme, si no es a que, al forjar a la mujer, le preocupaba más la social delectación del hombre y la perpetuidad de la especie huma-



Ilustración de Gustave Doré para *Gargantúa y Pantagruel*

na que la perfección de la feminidad de cada mujer en particular. Ciertamente, Platón no sabe en qué rango debe colocarlas, si en el de los animales racionales o en el de las bestias brutas. Porque la naturaleza les ha puesto dentro del cuerpo, en lugar secreto e intestino, un animal, un miembro que en los hombres no existe, en el que, a veces, se engendran humores salados, nitrosos, ácidos, acres, mordientes, lancinantes, amargamente cosquilleantes, con cuya dolorosa picazón y agitación (pues ese miembro es muy nervioso y de aguda sensibilidad) estremecen todo el cuerpo, raptan los sentidos, interiorizan todas las pasiones y confunden todos los pensamientos. De forma que si la naturaleza no les hubiese regado la frente con un poco de vergüenza, las veríais como locas furiosas soltando las agujetas de las braguetas de manera más espantable que la que usaron las Proétidas, las Mimallónides o las Tíades báquicas el día de sus bacanales. Porque ese terrible animal está conectado a todas las principales partes del cuerpo, como se hace evidente en la anatomía.

Lo llamo animal, siguiendo tanto la doctrina de los académicos como la de los peripatéticos, pues si, como escribe Aristóteles, movimiento propio es indicio seguro de cosa animada, y todo lo que por sí mismo se mueve es llamado animal, con toda razón Platón lo llama animal, pues reconoce en él movimientos propios de sofoco, de precipitación, de plegamiento, de contracción, incluso tan violentos que, muy a menudo, retiran a la mujer todo otro sentido y movimiento, como si padeciese lipotimia, síncope, epilepsia, apoplejía o estuviese verdaderamente en trance de muerte. Aún más, vemos que posee manifiesta discriminación de olores, y las mujeres sienten que huye de los apestosos y sigue a los aromáticos.

Sé que Claudio Galeno se esfuerza en probar que no se trata de movimientos propios, de sí mismo, sino accidentales, y sé que otros de su secta trabajan en demostrar

que no existe en él discriminación sensitiva de olores, sino diferentes reacciones provocadas por la diversidad de sustancias odorantes. Pero si examináis atentamente y pesáis en la balanza de Critolaos sus afirmaciones y razones, veréis que han hablado con ligereza y deseo de repetir lo que dijeron sus antecesores, más que por búsqueda de la verdad.

No iré más allá en esa controversia. Sólo os diré que no es inmerecida la alabanza de las mujeres honestas, las que han vivido con pudor y sin tacha, y han tenido el mérito de someter ese desenfrenado animal a la obediencia de la razón. Y habré terminado si añadido que una vez saciado ese animal (si saciarse puede) por el alimento que la naturaleza le ha preparado en el hombre, todos sus particulares movimientos terminan, todos sus apetitos se adormecen, todas sus furias se calman. Por eso, no os asombre que nosotros, que no siempre tenemos con qué pagar, satisfacer y contentar, nos hallemos en permanente peligro de ser cornudos.

—¡Por los clavos de otra cosa que un pececillo! —dijo Panurgo—. ¿No conocéis, en vuestro arte, ningún remedio para eso?

—Claro que sí —respondió Rondibilis—, y excelente, el cual uso y está escrito en un célebre autor de hace mil ochocientos años. Oíd.

—Voto a diez que sois hombre de bien —dijo Panurgo—, y os aprecio con todo mi buen corazón. Comed un poco de esta pasta de membrillos: cierran debidamente el orificio del estómago, gracias a alguna feliz propiedad astringente que poseen, y ayudan a la primera digestión. ¡Pero cómo! ¡Estoy hablando latín ante eruditos! Esperad, que os daré a beber en este ciborio nestoriano. ¿Queréis otro trago de hipocrás blanco? No temáis sufrir una esquinencia, no. No hay en él ni esquinanto, ni jengibre, ni grana del paraíso. Tan sólo hay buen cinamomo escogido, y excelente azúcar refinada, con el buen vino blanco cosecha de la Deviniere, de la viña del serbal grande, más allá del nogal.



Ilustración de Gustave Doré para *Gargantúa y Pantagruel*

CAPÍTULO XXXIII

De cómo el médico Rondibilis da solución a la cornamenta

—En los tiempos —dijo Rondibilis— en que Júpiter hizo la lista de las gentes de su casa olímpica y el calendario de todos los dioses y diosas, tras establecer a cada uno el día y la estación de su fiesta, tras asignar lugar para los oráculos y peregrinaciones, tras ordenar sus sacrificios...

—¿No hizo como Tínteville, obispo de Auxerre? —preguntó Panurgo—. Al noble prelado le gustaba el vino, como a todo hombre de bien. Por eso tenía especial atención y cuidado con el brote de la viña, abuelo de Baco. Pues bien, durante varios años, vio cómo el brote se perdía lamentablemente a causa de las heladas, lluvias, escarchas, hielos, heladuras, granizadas y otras calamidades acaecidas en las fiestas de los santos Jorge, Marcos, Vital, Eutropio, Felipe, de la Santa Cruz, de la Ascensión y otras, que tienen lugar en el tiempo en que el sol pasa bajo la línea de Tauro. Así, entró en el convencimiento de que los susodichos santos eran santos granizadores, heladores, arruinadores del brote. Por eso quería trasladar sus fiestas al invierno, entre Navidad y Epifanía, dándoles licencia, con todo honor y reverencia, para granizar y helar en esas fechas tanto como quisieran (la helada en esas fechas no sería en nada dañina, sino que hasta resultaría evidentemente beneficiosa para el brote), y quería, en su lugar, poner las fiestas de san Cristóbal, san Juan el decapitado, santa Magdalena, santa Ana, santo Domingo, san Lorenzo, es decir, poner los días centrales de agosto en mayo. En esas fiestas se está muy lejos de tener peligro de helada, y no hay oficio en el mundo tan solicitado como los de elaborador de granizados, artesano de quesos frescos, constructor de sombreros y refrescador de vino.

—Júpiter —dijo Rondibilis— olvidó al pobre diablo Cornamenta, que en aquel

momento no estaba presente, pues estaba en París, en palacio, ocupándose de algún enojoso proceso, para alguno de sus aparceros y vasallos. No sé cuántos días después, Cornamenta se dio cuenta de la mala pasada que le habían jugado, desistió de su solicitud para instruir una nueva solicitud de no quedar excluido de la lista, y compareció en persona ante el gran Júpiter, para alegar sus precedentes méritos y los buenos y agradables servicios que en otro tiempo le había prestado, y para reclamar encarecidamente que no le dejase sin fiesta, sin sacrificios y sin honores. Júpiter se excusó, alegando que todos sus beneficios estaban distribuidos y que su lista estaba cerrada. Sin embargo, maese Cornamenta lo importunó tanto que, finalmente, lo incluyó en la lista y catálogo, y le agenció honores, sacrificios y fiesta en la tierra.

Como no había lugar vacío ni vacante en todo el calendario, su fiesta cayó, en concurrencia con la diosa de los Celos, el día de la fiesta de ésta. La fiesta se dedicó a los casados, especialmente a los que tienen mujeres hermosas; sus sacrificios fueron sospecha, desconfianza, mal humor, vigilancia, inquisición y espionaje de los maridos a sus mujeres; hubo orden rigurosa a cada casado de reverenciarle y honrarle, celebrar su fiesta doblemente y ofrecerle los sacrificios arriba mentados, so pena de ver cómo maese Cornamenta no concede favor, ayuda ni socorro a quienes no lo honren como queda dicho, ni los tiene nunca en cuenta, ni entra nunca en sus casas, ni nunca frecuenta sus compañías, por muchas invocaciones que le hagan, sino que los deja pudrirse eternamente solos con sus mujeres, sin rival alguno, y los esquivo continuamente, como a gentes heréticas y sacrílegas, tal y como es usanza entre los otros dioses para con aquellos que no los honran debidamente: Baco para con los vendimiadores, Ceres para con los labradores, Pomona para con los fruteros, Neptuno para con los marinos, Vulcano para con los herreros, y así los demás. Se añadió, por el contrario, la promesa infalible de que con aquellos

que, como queda dicho, descansasen en su fiesta, detuviesen cualquier negocio, dejasen de lado sus asuntos para espiar a sus mujeres, para encerrarlas y maltratarlas por celos, según manda el ritual de sus sacrificios, sería de continuo favorable, los frecuentaría, estaría día y noche en sus hogares y nunca carecerían de su compañía. He dicho.

—¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! —rio Carpálmo—. ¡Aquí tenemos un remedio aún más ingenuo que el anillo de Hans Carvel! ¡Que el diablo me lleve si no lo creo! La naturaleza de las mujeres es así. De la misma manera que el rayo no quiebra y no quema sino las materias duras, sólidas, resistentes, y que no se detiene en las cosas blandas, vacías y flexibles, que quemará la espada de acero sin deteriorar la vaina de terciopelo, que consumirá los huesos de los cuerpos sin tocar la carne que los cubre, así las mujeres nunca concentran la atención, sutileza y contradicción de sus espíritus, sino en lo que saben que les está vedado y prohibido.

—Ciertamente —dijo Hipotadeo—, algunos de nuestros doctores dicen que la primera mujer del mundo, que los hebreos llaman Eva, difícilmente habría caído en la tentación de comer el fruto del árbol del bien y del mal si no le hubiese estado prohibido. Como prueba de que es así, considerad cómo el cauteloso tentador, en sus primeras palabras, le recordó que lo tenía prohibido, como queriendo inferir: “Lo tienes prohibido, así que debes comer de él o no serás mujer”.

CAPÍTULO XXXIV

De cómo, normalmente, las mujeres apetecen las cosas prohibidas

—En los tiempos en los que yo andaba de calavera en Orleans —dijo Carpálmo— no tenía recurso retórico más efectivo ni argumento más persuasivo con las damas, para atraerlas a la red y llevarlas al juego

amoroso, que el de hacerles ver, entre denuestos, de forma nítida, clara, cómo sus maridos estaban celosos de ellas. No era en absoluto invención mía. Está escrito. Tenemos leyes, ejemplos, razones y experiencias cotidianas de ello. Una vez con esa persuasión en sus calamochas, infaliblemente harán de sus maridos unos cornudos. ¡Como hay Dios! (dicho sea sin jurar), aunque tengan que hacer lo que hicieron Semíramis, Parsífae, Egesta, las mujeres de la isla Mandes, en Egipto, celebradas por Herodoto y Estrabón, y otras perras de la misma ralea.

—Ciertamente —dijo Ponócrates—, he oído contar que, al pasar un día el papa Juan XXII por la abadía de Coingnaufond, la abadesa y las madres del consejo le solicitaron que les concediese un indulto, de forma que pudiesen confesarse las unas a las otras, alegando que las mujeres religiosas tienen algunas pequeñas imperfecciones secretas, y que descubrirlas a los hombres confesores les produce una vergüenza invencible. Las dirían con mayor libertad, *con* mayor familiaridad, las unas a las otras, bajo secreto de confesión. “No hay nada —dijo el Papa— que no os concediese de corazón, pero veo un inconveniente, y es que la confesión debe mantenerse en secreto. Vosotras, las mujeres, apenas la celaríais”. “Lo haríamos muy bien —contestaron ellas—, y mejor de lo que lo hacen los hombres”.

El mismo día, el Santo Padre les confió en custodia una caja, en cuyo interior había hecho introducir un pardillo, rogándoles afablemente que la guardasen en algún lugar seguro y secreto, y prometiéndoles, bajo palabra de Papa, acceder a lo que le solicitaban si la mantenían en secreto. En cualquier caso, les prohibió rigurosamente que la abriesen de manera alguna, so pena de censura eclesiástica y de eterna excomunión. Apenas pronunciada la prohibición, ya ardían ellas, en su interior, en deseos de saber qué había dentro, y se impacientaban esperando a que el Papa estuviese ya del otro lado de la puerta, para investigar el asunto. El Santo Padre,

tras haberles impartido su bendición, se retiró a su alojamiento. No se hallaba a tres pasos de la abadía, cuando las buenas mujeres corrieron en tropel a abrir la caja prohibida y ver qué había dentro. Al día siguiente, el Papa las visitó con la intención, así les pareció a ellas, de concederles el indulto. Pero, antes de entrar en materia, ordenó que le trajesen la caja. Se la trajeron, pero el pajarito ya no estaba. Entonces les hizo ver que les resultaría cosa harto difícil celar el secreto de confesión, visto que no habían guardado, durante tan corto espacio de tiempo, el secreto de la caja, que tanto les había recomendado.

—Señor maestro nuestro, sed bienvenido. He tenido un gran placer escuchándoos y doy gracias a Dios por todo. No os había vuelto a ver desde que actuasteis en Montpellier con nuestros antiguos amigos, Antoine Saporta, Guy Bouguier, Balthazar Noyer, Tolet, Jean Quentin, Francois Robinet, Jean Perdrier y François Rabelais en la *Fábula moral del que casó con una joven muda*.

—Yo estaba allí —dijo Epistemón—. El buen marido quiso que hablase. Habló por arte del médico y del cirujano, que le cortaron una enciglotis que tenía bajo la lengua. Cuando hubo recobrado la palabra, habló tanto y tanto, que el marido volvió al médico para encontrar la manera de hacerla callar. El médico respondió que su arte tenía remedios indicados para hacer hablar a las mujeres, pero no para hacerlas callar: el único remedio contra ese interminable hablar de la mujer es la sordera del marido. El bribón se volvió sordo por medio de no sé qué hechizos que hicieron. Su mujer, al ver que se había vuelto sordo y que ella hablaba en vano, porque él no la oía, se volvió rabiosa. Luego, al solicitar el médico sus emolumentos, el marido respondió que estaba completamente sordo y que no oía lo que le pedía. El médico le echó por la espalda no sé qué polvos, por virtud de los cuales se volvió loco. Entonces, el marido loco y la mujer rabiosa se aliaron y, los dos a una, golpearon de tal modo al

médico y al cirujano que los dejaron medio muertos. Nunca reí tanto como viendo aquella farsa pathelina.

—Volvamos a nuestro asunto —dijo Panurgo—. Vuestras palabras, traducidas del galimatías al lenguaje llano, quieren decir que me case valientemente sin que me preocupe ser cornudo. ¡Pues sí que estamos apañados! Señor, maestro nuestro, creo que el día de mis bodas, estaréis lejos, ocupado con vuestros pacientes, y que no podréis comparecer. Os excuso de hacerlo.

Stercus et urina Medici sunt
prandia prima.

Ex aliis paleas, ex istis collige
grana.

[“Del médico son los primeros alimentos, excrementos y orina. | Toma la paja de los demás, el grano de éstos”].

—Os equivocáis—dijo Rondibilis—, el verso subsiguiente es:

Nobis sunt signa, vobis sunt
prandia digna.

[“Para nosotros son signos, para vosotros pitanza digna”].

—Si mi mujer se encuentra mal...

—Querría ver su orina —dijo Rondibilis—, tomarle el pulso y ver la disposición del bajo vientre y de las partes umbilicales, como nos aconseja Hipócrates, 2, *Apho.*, 35, antes de proceder más allá.

—No, no —dijo Panurgo—, no es eso lo que procede. Eso nos compete a nosotros, legistas, que tenemos la rúbrica *De ventre inspiciendo* [“De la constatación del embarazo”]. Le preparo una lavativa bárbara. No abandonéis vuestros asuntos más urgentes por ahí. Os enviaré chicharrones a casa y seréis amigo nuestro por siempre.

Luego, se acercó a él y, sin decir palabra, le puso en la mano cuatro nobles de oro, de los de la rosa. Rondibilis los cogió



encantado, y luego le dijo muy molesto, como indignado:

—¡Eh, eh, eh! Señor, no hacía falta. Muchas gracias, de todas formas. De la mala gente nunca acepto nada. Nada rechazo nunca de la gente de bien. Siempre a vuestras órdenes.

—Pagando –dijo Panurgo.

—Se sobreentiende –respondió Rondibilis.

CAPÍTULO XXXV

De cómo el filósofo Trouillogan trata la dificultad del matrimonio

Acabadas aquellas palabras, Pantagruel dijo a Trouillogan, el filósofo:

—Nuestro fiel amigo, de mano a mano se os pasa la lámpara. Os corresponde a vos responder ahora. ¿Debe casarse Panurgo, sí o no?

—Ambas cosas –respondió Trouillogan.

—¿Qué me decís? –preguntó Panurgo.

—Lo que habéis oído –respondió Trouillogan.

—¡Ja, ja! ¿En ésas estamos? –dijo Panurgo—. ¡Paso sin escalera de color! ¿En resumen, me debo casar o no?

—Ni lo uno ni lo otro –respondió Trouillogan.

—¡Que el diablo me lleve si no empiezo a delirar, y que pueda llevarme si os entiendo! –dijo Panurgo—. Esperad: me pondré las gafas en la oreja izquierda para oíros con mayor claridad.

“Gargantua à son petit couvert”.

En ese instante, Pantagruel vio, en la puerta de la sala, el perrito de Gargantúa, que se llamaba *Kyne*, porque ése era el nombre del perro de Tobías. Y entonces, dijo a toda la compañía:

—Nuestro rey no está lejos de aquí. Levantémonos.

No había acabado de decirlo, cuando Gargantúa entró en la sala del banquete. Todos se levantaron para inclinarse en reverencia. Gargantúa, una vez hubo saludado bonachonamente a toda la asistencia, dijo:

—Mis buenos amigos, os ruego que me hagáis el favor de no dejar ni vuestros asientos ni vuestra conversación. Ponedme un asiento en ese extremo de la mesa y dadme algo para que pueda beber a la salud de toda la compañía. Sed bienvenidos y decidme ahora: ¿a propósito de qué hablabais?

Pantagruel le respondió que, en el momento de servir el segundo plato, Panurgo había propuesto una materia problemática, a saber, si debía casarse o no, y que el padre Hipotadeo y el maestro Rondibilis ya habían dado sus respuestas, así como que, en el momento de su entrada, estaba respondiendo el fiel Trouillogan. Y, primeramente, cuando Panurgo le había preguntado “¿Debo casarme o no?”, había respondido: “Ambas cosas a la vez”. La segunda vez había dicho: “Ni lo uno ni lo otro”. Panurgo se queja de semejantes respuestas, opuestas y contradictorias, y asegura que no entiende nada.

—Me parece que lo entiendo —dijo Gargantúa—. La respuesta se semeja a lo que

dijo un antiguo filósofo, cuando le preguntaron si tenía mujer, la mujer que le nombraban. “La tengo —dijo— como amiga, pero ella no me tiene ni una miga. La poseo, por ella no soy poseído”.

—Parecida respuesta —dijo Panurgo— dio una criada de Esparta. Le preguntaron si alguna vez había conocido hombre. Respondió que no, nunca, aunque algunas veces los hombres la habían conocido a ella.

—Así —dijo Rondibilis— pongámonos neutro, como en medicina, y medio como en filosofía, participando de uno y otro extremo, y repartiendo el tiempo entre uno y otro extremo.

—Me parece que el Santo Enviado —dijo Hipotadeo— lo ha declarado nítidamente al decir: “Los casados vivan como no casados; los que tienen mujer vivan como si no la tuviesen”.

—Yo interpreto —dijo Pantagruel— el tener y no tener mujer de la manera siguiente: tener una mujer es tenerla para el uso para el que la naturaleza la creó, que es para ayuda, solaz y compañía del hombre; no tener es no apoltronarse con ella, no contaminar por su causa el único y supremo afecto que el hombre debe a Dios, no descuidar las obligaciones que naturalmente le atan a su patria, a la república, a sus amigos, no abandonar sus estudios y negocios para complacer continuamente a su mujer. Si tomamos en ese sentido tener y no tener mujer, no veo contradicción alguna en los términos. ❁

